

ARZOBISPO  
Ricardo Blázquez Pérez

## Homilía

CORPUS CHRISTI 2010

# Corpus Christi 2010

6 de junio de 2010

---

La fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, que hoy celebramos, nos remite a la última Cena de Jesús con sus discípulos, cuando, la noche en que iba a ser entregado, confió a la Iglesia *«el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual, en el que se recibe a Cristo, el alma llena de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura»* (*Sacrosanctum Concilium*, 47). En la Eucaristía se actualiza la entrega de Jesús al Padre por la humanidad. Es fuente, centro y meta de las actividades de la Iglesia. Con la mirada de la fe y con el corazón agradecido celebremos solemne y gozosamente el sacramento por excelencia.

1. La Eucaristía es el sacramento —a saber, signo exterior e interna realidad dinámica— de la muerte y resurrección de Jesucristo, de su misterio pascual. *«Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!»*. La actualización de la Pascua de Jesús nos mueve también a nosotros a pasar de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, de la confusión al sentido luminoso de la existencia, de la división a la concordia, de la indiferencia hacia los demás al amor compasivo y solidario. Jesús pasó de este mundo al Padre (cf. Mt 26,17; Jn 13,1); y nosotros en la celebración de la Pascua de Jesús debemos pasar de una vida envejecida por el pecado a una vida nueva de gracia y esperanza. ¡Hagamos Pascua con Jesucristo en la Eucaristía! Cada vez que participamos en la Misa nos reconocemos peregrinos que miramos al cielo, iluminando con la esperanza los senderos de la vida. La mirada a lo alto no nos evade

«*Nosotros vencemos adorando*», dijo a la luz de su experiencia un hermano de Carlos de Foucauld. Cuando entramos en el acatamiento del Señor, o mejor, cuando Él nos admite en su presencia, se establece una comunicación profunda entre Jesús presente en el Sacramento y fiel cristiano. De esta irradiación sale fortalecido el adorador para vivir con confianza y valor. Dios, que es origen, meta y guía del universo y de la historia, otorga seguridad y asidero, amparo y luz a las personas y a la sociedad. La humanidad no es una familia de huérfanos. Dios es nuestro Creador y Padre; nuestro cimiento y descanso. Cada vez está más claro el desconcierto y la intemperie que padecemos los hombres y mujeres cuando Dios no es tenido en cuenta y cuando olvidamos la "Realidad que determina todas las cosas". La *adoración eucarística* implica poner en manos de Dios la vida entera con sus incertidumbres y este apoyo en Dios derrama serenidad en el corazón. La fe es reposar la existencia en el Dios Santo, Fuerte e Inmortal. (cf. Is 7,9; 28,16; 30,15). La adoración de Dios solo, sin postrarse ante los ídolos, es fuente de libertad personal y de orientación social. Arrodillarnos esta mañana ante el Santísimo Sacramento es un gesto del cuerpo que manifiesta el respeto a Dios y la disponibilidad para aceptar su voluntad. «*No adoréis a nadie más que a Dios*». La visita al Señor presente en el Sagrario hablando con el Amigo que nos ama, dedicando el tiempo a creer, orar y amar, es una preciosa ocupación. Estas actitudes profundas edifican a la persona creyente desde los mismos cimientos. Aclamar al Señor presente en la custodia, durante la hermosa procesión de esta mañana por las calles y plazas, significa que deseamos que nuestra vida entera esté iluminada por su presencia.

San Pablo recuerda la tradición que procede del Señor, según la cual la noche en que iba a ser entregado instituyó el sacramento de la Eucaristía diciendo: «*Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía*». Apelando a la voluntad de Jesús corrige la forma pervertida de celebrar en la comunidad de Corinto la Cena del Señor, pues los que tienen humillan a los que no tienen y ahondan el foso de la división.

Cuando el Señor se entrega por amor, ellos se comportan de manera contraria (cf. 1Co 11,17-26). La Eucaristía auténticamente celebrada afianza la unidad de la Iglesia y promueve la fraternidad entre todos. De la Eucaristía brota la caridad.

a Jesús: «*No tenemos más que cinco panes y dos peces*» (Lc 9,13). ¿Qué es esto para tantos? Puede acecharnos, queridos hermanos, el peligro de quedarnos abrumados por la debilidad de nuestras fuerzas y por la magnitud de las necesidades; pero en la escuela del Evangelio aprendemos a valorar lo pequeño y a renunciar a la tentación de cargar sobre nuestros hombros el destino de la historia entera. Cáritas, que es parte de la Iglesia, puede hacer algo, bastante, mucho. ¡No dejemos de hacerlo! Puede ser fermento para que otros se movilicen a favor de la solidaridad. ¡No dejemos de invitar a esta empresa inmensa de la fraternidad!

Santa Teresa de Jesús, con sabiduría evangélica, invitaba a sus hijas del Carmelo: Ante los inmensos desafíos de la humanidad, «*hagamos lo poquito que esté en nosotras*». La bendición de Jesús multiplicó el pan, que sació a los hambrientos y sobró, y hará fecundos nuestros esfuerzos.

Queridos hermanos y hermanas, la Eucaristía es banquete pascual, presencia singular de Jesús con su cuerpo y con su sangre, y es manantial de amor y de solidaridad. ¡Que interceda por nosotros Santa María, la Virgen Madre de Dios y Madre nuestra!